

J. P. SARTRE: LITERATURA Y COMPROMISO, UNA RELACIÓN VIGENTE

Livia Vargas-González
Universidad Central de Venezuela
livasartre@yahoo.com

RESUMEN

De acuerdo con Sartre, la idea de compromiso no comporta una adjetivación de la literatura. En su obra *¿Qué es la literatura?* (1947) podemos encontrar algunos elementos que evidencian la influencia marxista en la construcción teórica sartreana por un lado y, por el otro, una visión del sujeto -resumida en su noción de compromiso- en la cual su acción es vista como transformadora. En este artículo analizaremos cómo estas dos posturas son abordadas por el autor y cómo su discurso aporta elementos para comprender la situación en la que se halla el pensamiento actual.

PALABRAS CLAVE: compromiso literario, libertad, situación, marxismo, existencialismo.

ABSTRACT

According to Sartre, the commitment as an idea is not a literary adjective. In his work *¿What is literature?* (1947), it is possible to traced back some evidential elements of Marist that influences the Sartrean construction of his theory and his vision of the character-as a notion of commitment- in which its actuation is seen as a transforming action. This, in this essay I will analyze how these two issues are seen by this author and how Sartre's discourse can help us to understand today's thoughts on these same subjects.

Key words: Literary commitment, freedom, situation, Marxism, existentialism.

INTRODUCCIÓN

Luego de la caída del Muro de Berlín en el año 1989 y del desmoronamiento de la URSS, el discurso marxista parecía también venirse abajo. Toda una ideología¹ se construía alrededor de este supuesto de pérdida de vigencia de la apuesta por trascender el capitalismo. Pero, no sólo se “vino abajo” el discurso marxista -que sería “revisado” luego por múltiples autores de diversas tendencias- sino también se cuestionaron aquellas formas expresivas en las cuales la idea del sujeto estuviera presente.

Desde entonces, ha estado en boga un discurso que hace apología a la muerte. Según éste, ha muerto el sujeto, ha muerto la historia, han muerto las ideologías, las vanguardias y hasta los partidos. Toda acción y discurso que involucrase al sujeto estaba muerto o, cabría decir mejor, era preciso matarlo. ¿Realmente ha muerto el sujeto y la historia? o, más bien, ¿se ha tratado de un simple deseo de muerte? De acuerdo con lo anterior, no hay sujeto transformador, no hay acción humana que incida en la construcción del mundo, en especial porque el sujeto no existe. Sin embargo, esta imagen del mundo comienza hoy a hacerse sospechosa cuando la configuración mundial viene exigiendo al sujeto que tome partido.

Hoy, millones de sujetos se oponen a una guerra que pareciera no tener fin y buscan las vías para incidir en los acontecimientos mundiales más importantes; por ejemplo, Sudamérica es desde hace algunos años una región convulsionada por la emergencia de sectores de población postergados, que reclaman sus espacios y reivindicaciones culturales, identitarias y, claro está, económicas, que han forzado la sustitución no constitucional de administraciones políticas.

La bruma de esta ideología, que hacía pensar en la caducidad y muerte de líneas de pensamiento como las del marxismo y las del existencialismo, viene difuminándose y poniendo en duda sus postulados. Entra obligatoriamente de nuevo, en escena, la discusión sobre la existencia o no del sujeto histórico. La pulcritud intelectual que pretendía mantenerse ajena a lo que en el mundo ocurre comienza a permeabilizarse y a tomar partido en asuntos que hasta hace poco le eran ajenos. El intelectual es nuevamente requerido y su postura

¹ Entendiendo el término en su carácter marxista, es decir, como falsa conciencia (Cf. Marx y Engels (1970) [1932]; (2000) [1848].

empieza a jugar un papel importante en el actual escenario mundial. Hay una necesidad, pues, de reivindicar esos discursos que habían sido declarados muertos.

Esa necesidad de reivindicar el pensamiento marxista y el pensamiento existencialista, a fin de ver hasta qué punto es posible una relación e interacción en ellos, nos conduce al estudio de un autor que recoge algunas inquietudes que la situación del pensamiento y del mundo actual sugiere. Parece pertinente entonces asumir la revisión de Sartre, comenzando con algunas obras en las que se pudiese recoger la tensión entre el discurso marxista y el discurso existencialista que derivan de la angustia sartreana para abordar el asunto de la libertad y su ubicación histórico-concreta.

En *¿Qué es la literatura?* (1991) [1947] podemos encontrar, ciertamente, algunos elementos que evidencian la influencia marxista en la construcción teórica sartreana por un lado y, por el otro, una visión del sujeto -resumida en su noción de compromiso- en la cual su acción es vista como transformadora. Así, veremos cómo estas dos cuestiones son abordadas por el autor y cómo su discurso aporta o no elementos para comprender la situación en la que se halla el pensamiento actual.

SARTRE: 1947 Y LA POSGUERRA

¿Qué es la literatura? se inscribe en un momento en el que la libertad y las concepciones de hacia dónde debía orientarse la sociedad y el Estado estaban en el tapete. Por un lado, una Francia que se resistió al dominio alemán y, por el otro, un mundo que, luego de derrotar al nazismo, se debatía -a pesar, y en el marco de los acuerdos de "coexistencia pacífica"- entre apostar al desarrollo del capitalismo o a la construcción del socialismo.

En el plano teórico, encontramos la concepción liberal burguesa como postulado ideológico del capitalismo, frente a la superación de las contradicciones de clase como postulado marxista en su apuesta por el comunismo; y en el plano político, al poder de los Estados Unidos con sus libertades políticas formales, pero llevando consigo una gran cantidad de desigualdades sociales y de clase, o al intento socialista soviético que, con una economía planificada, venía conducido por un Stalin que atentó contra las libertades civiles,

políticas e individuales.

Muchas eran las inquietudes que el contexto le sugería a Sartre. Para este autor, las épocas se comportan del mismo modo que el sujeto, y en ello consiste, según nuestro criterio, la historicidad. Así, no había porvenir determinado y necesario en su momento y era preciso construir uno por el que se apostara. En su “Presentación de *Les Temps Modernes*” (incluida como ensayo en la edición consultada de *Qué es la Literatura*), el filósofo manifiesta:

Porque una época, como un hombre, es, desde el primer instante, un porvenir. [...] ¿Cuándo acabará la guerra? ¿Cómo se reconstruirá el país? ¿Cómo se desarrollarán las relaciones internacionales? ¿Cuáles serán las reformas sociales? ¿Triunfarán las fuerzas de la reacción? ¿Habrá una revolución, y si la hay, en qué consistiría? (1991: 11).

Durante la guerra y la posguerra, el mundo requería y exigía, según Sartre, una toma de postura. La posición neutra significaba una manera cómoda y maquillada de asumirla. En ambos momentos la omisión y el silencio significaban un criterio y tenían incidencia en el juego en el que la conducción del mundo se debatía. Tomemos algunas líneas construidas por el propio Sartre: “Aunque nos mantuviéramos mudos y quietos como una piedra, nuestra misma pasividad sería una acción... El escritor tiene una situación en su época; cada palabra suya repercute. Y cada silencio también” (p. 10).

Ante los millones de judíos, anarquistas y comunistas muertos por el nazismo, ¿qué tenía que decir el intelectual? ¿Podía un intelectual, defensor de la libertad, quedarse callado ante el terror y la masacre a la que los nazis sometían a pueblos enteros? Callarse significaba avalar lo que el nazismo hacía. Y luego que cae el nazismo, ¿a cuál discurso apostar y a cuál de las potencias mundiales apoyar? Para Sartre era evidente que estar de acuerdo con el desarrollo del capitalismo significaba la perpetuación de la opresión y las desigualdades; pero no era fácil tampoco estar de acuerdo con un “socialismo real existente” donde no había libertades políticas ni individuales.

Ambos momentos demarcan y definen el contexto en el que este autor escribe *¿Qué es la literatura?*, del cual partirá para afirmar que cada línea de pensamiento, cada obra, cada libro, suponen una toma

de postura. La noción de compromiso literario será, a nuestro entender, la tesis que postulará para emplazar al mundo intelectual de Francia donde la literatura, según sus propias palabras, se encontraba en “inflación”.

COMPROMISO LITERARIO: COMPROMISO HISTÓRICO

De acuerdo con Sartre, no había forma posible de que la literatura evadiera su tiempo y su contexto. Así, propone una visión de la misma que le otorga un estatus quizás más elevado de lo que le corresponde, a saber, la idea de que puede incidir de forma preponderante en la transformación social, y esta pretensión la notamos cuando afirma:

Nuestra intención es contribuir a que se produzcan ciertos cambios en la sociedad que nos rodea.[...] Nos colocamos al lado de quienes quieren cambiar a la vez la condición social del hombre y la concepción que el hombre tiene de sí mismo. [...] Si podemos cumplir lo que prometemos, si hacemos compartir nuestras opiniones a algunos lectores, no sentiremos un orgullo exagerado; nos limitaremos a felicitarnos de haber vuelto a encontrar la tranquilidad de conciencia profesional y de que, al menos para nosotros, la literatura haya vuelto a ser lo que nunca debió dejar de ser: una función social (1991: 13).

La noción de compromiso literario persigue y pretende eliminar toda posibilidad de escisión de la literatura respecto de su momento histórico, constituyéndose como llamado y emplazamiento a los intelectuales de su tiempo. ¿Cómo y desde qué perspectiva abordamos este concepto? Ya expuse que son dos las aristas con las que asumimos la lectura y el estudio de *¿Qué es la literatura?*: la de la influencia del discurso marxista en el pensamiento sartreano y la del papel que juega el individuo y, más específicamente, el intelectual, en su contexto histórico. Es importante destacar que una y otra arista se hallan estrechamente vinculadas si asumimos la visión sartreana de que toda concepción del sujeto responde a intereses de clase y contribuye en lo concreto con aquella con la cual se identifica.

Como Sartre asume que la literatura debe cumplir una función social transformadora con incidencia en la conducción de la historia, y como cada concepción del sujeto (cada línea de pensamiento) corresponde y contribuye con alguna de las clases que definen el momento histórico, apostará por una concepción *totalitaria* de la realidad

humana que exprese las condiciones concretas en las que el sujeto se sitúa.

El reconocimiento de las condiciones concretas y de la existencia de las contradicciones de clase para concebir una idea del sujeto, suponen un acercamiento de Sartre hacia el marxismo, y éste será mayor cuando asuma que la literatura debe contribuir a la superación de tales contradicciones de clase que permitan la real liberación del sujeto concreto. No basta conformarse con la proclamación de las libertades políticas si éstas no suponen la liberación total del sujeto y la superación de las condiciones de opresión propias del estado burgués. Esto lo podemos ver en uno de los pasajes del texto donde propone esta idea:

Puesto que el hombre es una totalidad, no basta, en efecto, concederle el derecho de voto sin tocar los demás factores constituyentes; hace falta que el hombre se libere totalmente, actuando lo mismo sobre su constitución biológica que sobre su condicionamiento económico, lo mismo sobre sus complejos sexuales que sobre los datos políticos de su situación (1991: 18).

Esta apuesta por la liberación total del “hombre” es la que lo lleva al reconocimiento de las contradicciones de clase, entre otras tantas que puedan derivarse del orden social burgués. Incluso, será del criterio de que el pensamiento moderno deriva del orden social burgués y lo sostiene. El pensamiento analítico y el criterio de universalidad conforman una línea de pensamiento que contribuye con la burguesía a enmascarar las contradicciones de clase que oprimen al proletariado. Para este autor, ciertamente, el “hombre” siempre es el mismo, pero será su situación la que lo diferencie de los demás.

Así, cada postura literaria responde y se genera frente a la situación en la que se inscribe y, si una obra pretende erigirse como una literatura de la libertad, su autor debe reconocer en principio que la misma se expresa en condiciones desiguales. Los problemas a los que se enfrenta cada ser humano no pueden verse como universales cuando cada situación varía; por eso, la manera en que la literatura presente estos problemas hará que se identifique con una u otra de las clases que definen su situación histórica y, más aún, lo comprometerá.

La idea de compromiso en Sartre no comporta una adjetivación de la literatura, más bien, supone un carácter de la misma que hace imposible pensarla prescindiendo de éste. Como toda literatura es concebida por él como una acción enteramente libre, que parte de la indeterminada voluntad e intención del escritor, está comprometida con lo que profesa mientras le venga de sí. Sin embargo, hay también en esta noción una visión de compromiso que da a la literatura un carácter moral y también político.

La idea de compromiso supone, por una parte, una cierta naturaleza de la literatura y, por la otra, una exigencia moral y política. Por un lado, no hay literatura que no esté de suyo comprometida y, por el otro, toda literatura debe y tiene que actuar a favor de la libertad; por tanto, de la transformación social. De este modo, encontramos que Sartre emplea la noción de compromiso para referirse no sólo a la naturaleza misma de la literatura, sino para plantear una exigencia moral y política a los intelectuales de su tiempo.

Es por ello que, para diferenciar estos dos enfoques, asumimos la noción de compromiso literario como carácter propio de la literatura y, para referirnos a la postura literaria a la que apuesta Sartre (que también califica como literatura comprometida), empleamos el concepto de literatura de la autenticidad, que no es más que aquella literatura que apuesta y se inscribe a favor de la libertad. Este concepto no lo veremos en ningún párrafo o línea del libro *¿Qué es la literatura?*, pero lo proponemos y planteamos partiendo de la línea argumentativa sartreana y respetando en lo posible lo que Sartre ha querido postular en su libro.

De acuerdo con este autor, el compromiso literario deriva de la asunción de que la literatura comporta un arte significativo. Cuando en el primer capítulo decanta la idea de compromiso -excluyendo así a las expresiones artísticas que para él no comporten un arte significativo-, al mismo tiempo va fundamentando la idea según la cual sólo la literatura puede significar, es decir, sólo la literatura deriva y expresa la intención del sujeto, siempre y cuando la palabra sea asumida como extensión del propio proyecto o como intención y no como cosa, de modo que la palabra es asumida por el poeta. Nos valemos de la interpretación de Nuño para asumir que la literatura, según Sartre, supone un arte significativo:

La semántica o capacidad de significar, o intencionalidad característica del lenguaje, determina una ordenación excluyente de las artes, según éstas sean o no significativas. De acuerdo con la estética sartriana, ni las artes plásticas ni la música son medios de comunicación; no constituyen lenguajes significativos por cuanto no producen intermediarios entre el sujeto y la referencia designada; un buen pintor o músico no crea signos, sino cosas (1971: 128).

En Sartre, esta idea podemos inferirla del siguiente pasaje:

...como ha habido motivos, incluso ocultos, para que el pintor elija el amarillo y no el violeta, se puede sostener que los objetos así creados reflejan sus tendencias más profundas. Sin embargo, no expresan nunca su cólera, su angustia o su alegría como lo hacen las palabras o la expresión de un rostro (1991: 46).

Para nuestro autor, toda obra literaria, al asumir la palabra como herramienta con la que se proyecta una visión del mundo y comportarse entonces del mismo modo como el sujeto se comporta, esto es, como libertad, se halla comprometida. Esta noción, según nuestra lectura, deriva de la concepción que sobre la libertad ha desarrollado Sartre -especialmente en *El ser y la nada* (1993) [1943]- donde asume que toda libertad se da en medio del mundo y se arroja hacia éste sin nada más allá que la anteceda, es decir, que se autodetermina. Y esta misma concepción será asumida en su visión de compromiso. Citemos un pasaje de su "Presentación de *Les Temps Modernes*":

Nosotros nos negamos a dejarnos descuartizar entre la tesis y la antítesis. Concebimos sin dificultad que un hombre, aunque su situación esté totalmente condicionada, puede ser un centro de indeterminación irreductible. Ese sector imprevisible que se muestra así en el campo social es lo que llamamos libertad y la persona no es otra cosa que su libertad. Esta libertad no puede ser considerada un poder metafísico de la "naturaleza" humana ni es tampoco la licencia de hacer lo que se quiere [...] No se hace lo que se quiere y, sin embargo, se es responsable de lo que se es [...] si la sociedad hace a la persona, la persona [...] hace a la sociedad (1991: 21).

Con esta premisa llegamos a la comprensión de la idea de que toda obra literaria se escribe desde un tiempo y para un tiempo, es decir, que toda obra literaria, como acción libre, es obra que se halla situada. La idea de que no hay literatura que no esté comprometida se resume muy bien en las siguientes líneas, “Hablar es actuar: toda cosa que se nombra ya no es completamente la misma; ha perdido su inocencia” (p. 56). Para Sartre, toda literatura está comprometida porque se comporta como acción; al significar, contiene lo que el escritor concibe respecto al mundo, es decir, expresa su postura.

SITUACIÓN DEL ESCRITOR: LA OPOSICIÓN DE CLASE COMO CONTEXTO

La situación de la literatura estará definida y será asumida por Sartre a partir de la concepción materialista de la historia. Lo veremos a lo largo de los dos últimos capítulos de *¿Qué es la literatura?*, cuando Sartre la ubica en su situación histórico-concreta y en su relación con el público. Es importante destacar que este autor, al concebir el compromiso literario, parte del principio de que toda obra literaria es una construcción a dúo, es decir, que toda obra literaria la crea un escritor para dirigirse al otro y que, por tanto, no será totalmente obra si ese otro no se arroja libremente a la empresa de objetivarla. La idea de que no hay obra sin lector que la ilumine, la vemos expresada a través de las siguientes líneas:

Si producimos nosotros mismos las normas de la producción, las medidas y los criterios y si nuestro impulso creador viene de lo más profundo del corazón, no cabe nunca encontrar en la obra otra cosa que nosotros mismos: somos nosotros quienes hemos inventado las leyes con las que juzgamos esa obra; vemos en ella nuestra historia, nuestro amor, nuestra alegría; aunque la contemplemos sin volverla a tocar, nunca nos entrega esa alegría o ese amor, porque somos nosotros quienes ponemos esas cosas en ella; los resultados que hemos obtenido sobre el lienzo o sobre el papel no nos parecen nunca objetivos, pues conocemos demasiado bien los procedimientos de los que son afectos (1991: 69).

Bajo el principio de que toda obra se construye a partir de dos libertades, la del escritor que la produce y la del lector que la devela, llamando a este acto *generosidad*, Sartre dirá, por un lado, que como

toda obra literaria requiere de una libertad que la produzca y de una que la descubra, debe escribir para la libertad (y aquí reside el carácter moral del compromiso) y, por el otro, que toda obra literaria se sitúa en razón de su público que expresa la condición y situación de clase en la que se enmarcan la obra literaria y el escritor. Como la obra va dirigida a un lector -único capaz de objetivarla- el escritor escribirá y definirá su tema de acuerdo con los públicos de su época y, para ser más específico, de acuerdo a cómo se presente la tensión entre estos que a su vez la expresará entre las clases que determinan y definen un contexto histórico determinado. La identificación del escritor con uno u otro público y la asunción de éstos como expresión de las contradicciones de clase se ven explícitas cuando Sartre manifiesta, a propósito del conflicto del escritor ante la tensión entre sus públicos, lo siguiente:

el aspecto objetivo del conflicto puede expresarse como un antagonismo entre las fuerzas conservadoras o público real del escritor y las fuerzas progresistas o público virtual. En una sociedad sin clases y cuya estructura interna fuera la revolución permanente, el escritor podría ser mediador para todos. Pero este tipo de sociedad, que yo sepa, no existe por el momento (p.100).

Vemos aquí nuevamente la influencia marxista, asimismo, que la literatura, como acción libre, es mundana, situada necesariamente en un contexto histórico desde el cual emerge y al cual se dirige. Y ¿cómo define Sartre la situación de la literatura y del escritor?, desde nuestra interpretación, a partir de las contradicciones de clase y teniendo como referencia al materialismo histórico.

Al caracterizar los tipos de público desde los cuales el escritor construye la obra, asume que no hay un solo público. Éste, ya lo hemos dicho, expresa las mismas contradicciones que se dan entre las clases que definen un contexto histórico, y hasta ahora no existe una sociedad sin clases; es por ello que no puede hablarse, desde un punto de vista sartreano, del público en general, sino de los tipos de público que corresponden a una determinada época histórica.

El autor asume, de este modo, que la sociedad se erige sobre condiciones de desigualdad en las que una clase se impone sobre la otra para mantenerse en el poder. Encontramos, por lo tanto, más marxismo de lo que él mismo, quizás, pudiera pretender. Mientras su recelo por diluir al sujeto en la clase lo alejan del marxismo, su

concepción “totalitaria” del hombre, donde lo asume arrojado en sus relaciones histórico-concretas, lo acercan en sumo grado. Cuando asume, en su “Presentación de *Les Temps Modernes*”, que el pensamiento analítico se constituye como el pensamiento del orden burgués, también se acerca al marxismo. No hay pensamiento que escape a las contradicciones de clase, la pretensión escapista supone, en el mundo moderno, la identificación con la burguesía. Ir más allá de la situación histórico-concreta, querer evadirla, no evita su contextualización histórica, no hay purismo posible para el pensamiento y el arte.

Esta discusión expresa, de forma bastante explícita, esta tensión y angustia en la que Sartre se debatirá: la que se halla entre libertad individual e historicidad, entre libertades políticas formales con desigualdad económica y superación de las inequidades económicas con supresión de las libertades políticas e individuales y, finalmente, entre una concepción analítica y una sintética del hombre.

La noción de compromiso literario en Sartre se construirá a partir de lo que él mismo considerará una antinomia:

Los que se atienen por encima de todo a la dignidad de la persona humana, a su libertad, a sus derechos imprescriptibles, se inclinan lógicamente a pensar según el espíritu de análisis, que concibe los individuos con independencia de sus condiciones reales de existencia, que les dota de una naturaleza inmutable y abstracta, que los aísla y cierra los ojos delante de la solidaridad. Los que han comprendido bien que el hombre está arraigado en la colectividad y quieren subrayar la importancia de los factores económicos, técnicos e históricos, se inclinan hacia el espíritu de síntesis, que, cerrando los ojos ante las personas, sólo es capaz de ver los grupos. [...] Así, los que se atienen a la autonomía de la persona se ven arrinconados en un liberalismo capitalista cuyas consecuencias funestas se conocen bien y los que reclaman una organización socialista tendrían que pedirla a no sabemos qué autoritarismo totalitario (p. 20).

Todo este pasaje resume la angustia sartreana en su concepción del sujeto. Tratando siempre de blindar y proteger libertad del mismo, no puede, por tanto, desconocer que la liberación parte de la asunción y superación de las contradicciones de clase propias del orden

burgués. Como escritor militará en una literatura que, mostrando las contradicciones de clase del orden burgués, suponga también un llamado a la liberación del sujeto: “es a este hombre libre al que hay que liberar, aumentando sus posibilidades de elección” (p. 23).

La tensión de los públicos, que expresará también la que existe entre las clases, emplazará al escritor a escribir para uno o para otro o, por qué no, desconocer y obviar esta tensión. Si el público virtual, asumido por Sartre como expresión de las clases oprimidas, no exige al escritor que escriba para sí, entonces el escritor se inclinará más a escribir una literatura dirigida a un público real que, como clase en el poder, le garantiza su existencia. Pero, si ambos públicos ejercen fuerzas parecidas en la tensión, ya la posición del escritor no será tan cómoda y lo que escriba será una toma de postura necesaria a favor de una u otra clase. Es aquí donde entran en juego el carácter moral y el carácter político de la noción sartreana del compromiso literario. ¿Cómo asume y debe asumir el escritor su situación histórico-concreta?

LA EXIGENCIA MORAL DEL COMPROMISO LITERARIO

Sartre intenta establecer una conexión necesaria y coherente entre el compromiso como carácter necesario e imprescindible de la literatura y la visión moral de la misma, conexión que, según lo interpretado por nosotros, no queda del todo clara. El autor pretende derivar de la consideración del compromiso como carácter necesario, una visión moral del mismo. En tal sentido, refiere que toda literatura comprometida debe escribir para la libertad y no es concebible que no sea de este modo. Ciertamente, si todo escritor reconoce que para la construcción completa y total de su obra requiere la existencia de otra libertad distinta a la suya, entonces no puede sino escribir para la libertad, sobre todo cuando la libertad social y política se pone en juego bajo sistemas sociales de opresión. Todo sistema de opresión atenta contra la realización plena de la literatura y es allí donde el compromiso literario toma un carácter moral y político.

Retomemos la conexión entre el carácter imprescindible del compromiso en la literatura y la visión moral de la misma y veamos por qué no es necesaria. Si el compromiso no es un adjetivo de la literatura sino que, más bien, se constituye como el carácter necesario de ésta, entonces no puede haber literatura que no esté

comprometida. Pero si, además de esto, hay obras y posturas literarias que de hecho enmascaran las condiciones de desigualdad y de opresión y que, por tanto, no militan a favor de la libertad, ¿cómo es entonces que Sartre plantea que no es concebible una literatura comprometida que no tenga la libertad como tema?

Para nosotros se trata de un llamado a la coherencia que el filósofo hace a los escritores de su tiempo. Su falla estriba en postular que el compromiso literario se constituya como deber cuando ya antes ha postulado que comporta un carácter imprescindible. Sin embargo, entendiendo que para él era fundamental exigir a los escritores de su tiempo coherencia respecto a su quehacer y su postura, no queremos ser tan inquisidores, sino más bien agregar a su discurso lo que él obvió, a saber, que toda literatura comprometida puede ser perversa, auténtica o de mala fe, de acuerdo con el hecho de cómo el escritor asuma su tiempo.

La exigencia moral que Sartre hace a los escritores de su tiempo estriba en practicar una literatura auténtica, esto es, que reconociendo las condiciones de desigualdad y opresión que se erigen en la sociedad, milite a favor de la transformación social en pro de la libertad. Aquí la visión moral del compromiso abre paso a una visión más bien política, en el sentido de intervenir en la conducción y destinos de la sociedad, al exigir a los escritores que actúen a favor de la liberación total del hombre y de la sociedad.

DEL COMPROMISO ÉTICO AL COMPROMISO POLÍTICO

Como en toda sociedad la lucha de clases expresa la imposición de una sobre la otra en virtud de poseer el control de la producción, entonces para Sartre, que hace un llamado a la apuesta por una literatura auténtica y coherente, el escritor y su literatura deben identificarse con la clase oprimida y escribir a favor de su liberación, y el espíritu de esta idea lo encontramos expreso en el siguiente pasaje, a propósito de exponer los intereses y pretensiones que persigue el proletariado:

[El proletariado] no sueña con reclamar la libertad política, [...] por el momento, no sabe qué hacer con la libertad de pensar; lo que pide es algo muy diferente de las libertades abstractas; desea el mejoramiento material de su suerte y, más profundamente [...] el fin de la explotación del

hombre por el hombre. Veremos más adelante que estas reivindicaciones son homogéneas respecto al arte de escribir concebido como fenómeno histórico y concreto, es decir, como el llamamiento singular y fechado que un hombre [...] hace, a propósito del hombre entero, a todos los hombres de su época (p. 129).

En un momento histórico donde la conducción del mundo se debatía entre dos polos, toda obra literaria suponía una toma de postura respecto a la tensión. En ese momento, el destino de la historia no estaba condenado, precisaba de la construcción de una concepción del sujeto y de un pensamiento, y la conducción del mundo dependía de ello. Al Sartre interesado por el destino político y social del mundo, le preocupaba en sumo grado cómo cada una de estas potencias negaba un aspecto de su concepción totalitaria del “hombre”.

Mientras que, en nombre de las libertades políticas e individuales, Estados Unidos imponía una política económica opresiva al proletariado y a los países del tercer mundo, el socialismo stalinista, en nombre del mejoramiento de las condiciones materiales de existencia, imponía una política de terror atentando así contra la libertad humana. ¿Qué postura asumir entonces, haciendo caso al llamado que el mundo de su época, signado por la guerra fría, le hacía al escritor?

Para él, no podía hablarse de libertad si ésta se erigía sobre las desigualdades económicas y sociales, y si no se planteaba la abolición de la explotación del hombre por el hombre. Por esto su apuesta siempre estuvo inclinada hacia la izquierda. De lo que se trataba, era de redimir al proletariado como clase sin que ello implicase la anulación de la libertad. Nada fácil para un hombre ubicado en un mundo bipolar.

En un mundo de aguas en calma, la acción literaria puede evadirse cómodamente respecto a su situación histórica sin por ello sentir el peso de su angustia. Esta es la situación que corresponde a los tiempos donde la tensión entre los públicos tiende a cero. Pero en un mundo en tensión, marcado por la guerra fría, los públicos tienen paridad de fuerzas y la acción literaria no puede evadirse sin que ello la ubique del lado de alguno. Cada uno de los públicos reclama para sí la acción del escritor, llevándolo a una situación de angustia; cada gesto del escritor será visto, en este contexto, como una acción que contribuye y participa de la tensión manifiesta.

La oleada ideológica condena al mundo a la perpetua estancia bajo el dominio del capital. Por esta razón, no hay sociedad ni concepción del sujeto sobre los cuales pensar, y como además en toda actividad humana se pone de relieve su valor de cambio, el carácter transable del arte como mercancía empieza a perder peso y fuerza, abriéndole paso nuevamente a la pregunta por la conducción del mundo, de la historia y del sujeto. El mundo parece reclamar la acción del escritor, y el intelectual parece tomar partido. Creemos que la noción de compromiso comienza a tomar nueva fuerza. Hoy se hace preciso repensar la historia y el sujeto, “porque una época, como un hombre, es, desde el primer instante, un porvenir”.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Marx, K. y Engels, F. (1970) [1932]. *La ideología alemana*. Barcelona: Grijalbo.
- . (2000) [1848]. *Manifiesto comunista*. USA: Pathfinder.
- Nuño, J. (1971). *Sartre*. Caracas: Ediciones de la Biblioteca, UCV.
- Sastre, J. P. (1993) [1943]. *El ser y la nada*. Buenos Aires: Losada.
- . (1991) [1947]. *¿Qué es la Literatura?* Buenos Aires: Losada.

